

Eduard Palomares

No cerramos en agosto

Primera edición, 2019

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © Eduard Palomares Viale, 2019

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Ilustración de cubierta: © Toni Benages
Fotografía del autor: © Fernando Bagué

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17007-81-2
Depósito legal: B. 9.759-2019
Impreso por Reinbook, serveis gràfics, S.L.
Impreso en España - Printed in Spain
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Al uno y a la tres

—Lo que más me gusta de ti, aparte de tu tremendo encanto personal, es que cuando no sabes una respuesta, te la inventas.

RAYMOND CHANDLER, *El lápiz*

Siempre me han fascinado los detectives de novela. Personalidad de hierro, poco aprecio por la autoridad, empatía con el débil, talento para nadar a contracorriente y esa habilidad innata para crear metáforas tan afiladas como una maquinilla de afeitar recién estrenada. Son brillantes, duros, tenaces, ingeniosos, cínicos, íntegros, carismáticos... Pero hay una cosa que siempre me he preguntado: ¿cómo han llegado a ser así? Quizás ya les viene de serie. O no, tal vez han tenido buenos maestros o han ido mejorando con el tiempo. Eso nunca aparece en los libros. Seguramente porque a nadie le importa.

Sin embargo, a mí, Jordi Viassolo, sí que me importa. Porque hoy, con veinticinco años recién cumplidos, comienzo mi carrera como detective en la agencia Private Eye gracias a un *generoso* contrato de becario de dos meses, con un sueldo de doscientos cincuenta euros, sin alta en la Seguridad Social y con escasas posibilidades de continuidad tras el verano, periodo al que se circunscribe dicha colaboración.

Aunque el problema no es este.

El problema es que no soy extremadamente inteligente, ni atrevido, ni insolente, ni rebelde, ni mucho menos

duro. Tampoco tengo una personalidad arrolladora y hasta ahora siempre he intentado no meterme en líos. De hecho, soy bastante inseguro, cosa que no juega muy a mi favor a la hora de convertirme en un implacable sabueso. Pero estoy trabajando en ello, de verdad.

Voy pensando en esto mientras subo por las escaleras de la estación de metro de Marina y pongo rumbo al Port Olímpic, uno de los epicentros de la Barcelona turística, que a principios de julio se encuentra en plena efervescencia.

Llego allí después de caminar un cuarto de hora bajo el sol, soportando además el pegajoso bochorno que invade la ciudad en esta época y que supone añadir a tu propio peso veinte kilos de más. Para sacárselo de encima, algunos turistas giran a la derecha para bañarse en la playa de la Barceloneta. Otros prefieren ir hacia la izquierda, en busca de la Nova Icària. Sea como sea, todos tendrán que pelearse por un trozo de Mediterráneo. Eso si las medusas o esa espumita que aparece de vez en cuando sobre la superficie del agua lo permiten, claro.

Mi destino, en cambio, se encuentra en el piso 22 de una de las torres que presiden la zona (la de la izquierda), donde están situadas las oficinas de la agencia.

Soy consciente de que, a priori, mi carácter no augura un futuro brillante en el sector, pero en mi defensa diré que estoy a punto de sacarme el grado de Investigación Privada de la Universitat de Barcelona con relativa facilidad (solo me queda una asignatura por aprobar, la de grafología). Tengo capacidad de observación, soy creativo, honesto y estoy muy motivado, sobre todo porque soy un fanático de la novela negra.

No obstante, la confusión propia de la adolescencia

me llevó a escoger la carrera de Periodismo antes que mi verdadera vocación. Pronto me di cuenta de mi error y solo fui capaz de sacarme el primer curso en dos años. Dejé los estudios y empecé a vagar entre empleos temporales mal pagados: teleoperador, repartidor de comida a domicilio o dependiente en la librería de El Corte Inglés de la plaza de Catalunya. Hasta que decidí, por una vez, seguir mi instinto.

Explicué todo esto, así como mis influencias en el terreno de la investigación privada, en la entrevista de trabajo que me hicieron hace tan solo un par de días. Parece ser que en la agencia tenían prisa por encontrar a alguien que se comiera el marrón de pasar el verano encerrado en las oficinas sin nada que hacer. Y es que las clases adineradas, las únicas que se pueden permitir un detective hoy en día, huyen a sus segundas residencias en cuanto el asfalto empieza a convertirse en un géiser.

—La mayoría de críos que me envían de la universidad creen que este trabajo es como el que ven en la tele. Que investigarán asesinatos, conspiraciones, chantajes o qué sé yo. Y que en unos días habrán resuelto todo. No tienen ni idea. Pero he de reconocer que pocos vienen citando a Chandler o Simenon, como tú. Pues bien, tampoco tienes ni idea, así que olvídate de todo lo que hayas visto o leído. Método, paciencia y discreción, así funcionamos. Supongo que algo de esto te enseñan, ¿no?

Esta es Marina del Duque, propietaria de la agencia, vestida de forma impecable con traje de chaqueta azul marino y blusa blanca, como mandan los cánones. Todo en ella parece sacado del manual de alguna escuela de negocios de élite: espalda en perfecta posición vertical,

movimientos asertivos que transmiten seguridad y un ritmo al hablar que deja claro quién manda aquí. Como si yo fuera a ponerlo en duda.

A su pregunta le contesté que en la facultad he aprendido conceptos básicos de derecho, el marco legal vinculado a la investigación privada, criminología y criminalística, algo de sociología aplicada al individuo, unas dosis de medicina legal, psicología forense, metodología investigadora y técnicas de obtención de pruebas concluyentes. Preferí no mencionar otros detalles, como que hemos pasado de puntillas por todas las asignaturas, que el grado abarca mucho pero no concreta nada y que peca de una alarmante falta de práctica.

Cuando mi futura jefa acabó de adoctrinarme sobre el comportamiento de todo buen empleado, me reveló las claves de mi futura contratación:

—No quiero chulitos ni gente con ansias de gloria. Necesito personas normales, sin ningún rasgo que destaque por encima de otro. Que desaparezcan de la memoria de la gente, creo que tú encajas bastante bien en ese perfil.

No es que me hiciera especial ilusión esta última frase, pero bueno, eso me dijo.

Sin embargo, es falso que no tenga ninguna característica física especial. No soy ni alto ni bajo, tiro a delgado y mi cara resulta bastante ordinaria, excepto por una nariz que se desvía hacia la izquierda como si quisiera esquivar una pedrada. Para compensarlo, un peluquero con ínfulas de catedrático me convenció de que me dejara flequillo y me lo peinara ladeado hacia la derecha. Así lo hago desde entonces, aunque como contrapartida he adquirido el tic de toquetearme ese flequi-

llo una y otra vez, sobre todo cuando estoy nervioso. En esa entrevista lo estaba, sin duda.

—Viassolo, ¿no? ¿Eres italiano?

—No —contesté con la lección aprendida, porque todo el mundo me lo pregunta—. De joven, mi bisabuelo emigró de Italia para instalarse en Barcelona, conoció a una catalana y nunca más se preocupó de volver a su pueblo. Fueron como el antecedente de las parejas Erasmus de hoy en día, ya sabe...

No, no sabía. De hecho, es una broma que no todo el mundo entiende. O quizás soy yo que no pongo la entonación adecuada.

—Veo en tu currículum que empezaste la carrera de Periodismo, pero luego no continuaste. ¿Por qué?

Aquí sí me puse en estado de alerta: a los entrevistadores no suelen gustarles la inconsistencia ni la falta de voluntad. Me arreglé el flequillo para que permaneciera en la posición adecuada y recité la respuesta preparada con antelación:

—Creo que siempre he querido ser detective, pero no me atrevía a tomármelo en serio. Tenía miedo de que solo fuera un sueño infantil, como cuando dices que quieres ser bombero o futbolista. Además, a mis padres no les hubiera hecho nada de gracia en ese momento, porque no paraban de recordarme los esfuerzos que habían tenido que hacer para darme una buena educación. Pensé que un periodista era lo más parecido a un detective, pero las clases me aburrían. Me parece mucho más interesante el tipo de trabajo que llevan a cabo en agencias de detectives como la suya.

—Prefiero definirnos como Consultoría de Inteligencia y Seguridad y, además, estoy buscando precisamente a

alguien que tenga nociones de periodismo —respondió de forma seca, con una mirada que venía a significar «mierda, tendré que buscar a otro».

—Ehhh, bueno, si a mí siempre me ha gustado el periodismo —intenté rectificar, con las mejillas convertidas en fuego—. Solo digo que lo que enseñaban en la facultad me decepcionó y nunca acabé de sentirme a gusto. Pero sigo en contacto con muchos compañeros de clase. Además, ellos aseguran que las cosas realmente útiles se aprenden el primer año y que el resto es de relleno. También sigo con atención todos los medios de comunicación, me interesa la actualidad y todo eso. De verdad.

—Ya... Mira, te seré sincera. No tengo mucho tiempo para buscar a alguien. Este verano ha coincidido que una de nuestras especialistas se ha casado, otro acaba de ser padre y los demás disponen de días libres acumulados. En agosto nunca hay mucho trabajo, pero no puedo cerrar la agencia porque daría mala imagen, así que tengo que contratar a un sustituto. Como no quiero que esté de brazos cruzados, voy a poner en marcha una idea que me ronda la cabeza desde hace tiempo.

Silencio expectante. Luego continúa:

—Hacerse pasar por periodista es una estrategia que nos suele funcionar muy bien para extraer información de empresas, políticos o incluso particulares. ¿Sabes por qué?

—Bueno...

—Porque a todo el mundo le gusta que le hagan una entrevista. Cosas del ego. Y se les suelta la lengua. Utilizamos otras técnicas, pero esta es la más eficaz. El problema viene cuando nos preguntan dónde y cuándo se va a publicar, y nos vemos obligados a inventarnos algu-

na excusa. Y cada vez nos cuesta más. Así que he pensado que lo mejor será crear nosotros mismos un periódico digital. ¿Tú serías capaz de hacerlo?

—Sí, sí, sin duda —repliqué rápidamente, todavía algo avergonzado por mi súplica anterior. Eso sí, consciente de que me estaba metiendo en un lío porque obviamente no tenía ni idea de cómo hacerlo.

—Tomo nota. Si pasas a la siguiente fase te avisaremos y nos volveremos a reunir para proseguir con las pruebas de selección —remarcó mientras se levantaba, me tendía una mano, abría la puerta con la otra y me invitaba a salir, todo al mismo tiempo y con precisión de controlador aéreo.

Eso sucedió el miércoles por la tarde, y hoy viernes, a primera hora, ya recibía una llamada de la agencia convocándome de inmediato para firmar el convenio de prácticas y enseñarme «cómo funciona todo». Sin más pruebas, ni preguntas, ni test psicotécnico. Aunque tendría que haberme puesto a dar botes de alegría, he acogido la noticia con bastante indiferencia, seguramente porque anoche bebí un poco más de la cuenta.

Para ser exacto, no fue tanto la cantidad sino la mezcla ingerida, cosa habitual en la típica fiesta de piso de estudiantes de la que se suele enterar mi amigo Berni, que ha encontrado en el hecho de cursar un doctorado de Sociología la excusa perfecta para convertirse en un eterno estudiante.

Se trata de ese tipo de convocatoria en la que cada invitado debe llevar alguna botella, algo que se traduce en una gran diversidad alcohólica, si bien de calidad

ínfima. Lo primero que se termina suele ser la cerveza, así que continuamos con el vino peleón comprado en cualquier *paki*, mientras engullimos las pizzas congeladas que salen del horno con una regularidad digna de la cadena de montaje de la Seat. Después aparece alguna botella de licor de manzana o melocotón, toque anacrónico de cada velada, para finalmente atacar los destilados de marcas sospechosas.

Cuando te has acabado el primer gintónico y pretendes servirte el siguiente, ya no queda ni una gota de ginebra. Así que te pasas al whisky. Pero luego sucede lo mismo, y tienes que buscar otras alternativas. Aparte, como los refrescos para mezclar se acaban a las primeras de cambio, terminas con chupitos a palo seco. Y yo, como cuando bebo me vuelvo más extrovertido, algo que me gusta, sigo adelante aunque sepa que a la mañana siguiente me encontraré fatal. Total, tampoco tenía nada que hacer. Hasta ahora.

La resaca me suele llenar la cabeza de ideas pesimistas. Dudo de si seré capaz de dar la talla. También me da pánico introducirme en un grupo de adultos que no tienen por qué perder el tiempo con becarios recién salidos del cascarón. Y, por si fuera poco, estoy convencido de que la premura con la que me han llamado no se debe a que la señora Del Duque haya quedado impresionada por mi potencial, sino a que no ha podido encontrar a nadie más dispuesto y barato que yo.

No obstante, aquí estoy, vestido con unos pantalones tejanos que se me pegan a las piernas a causa de la humedad y una camisa azul de manga larga comprada a toda prisa en el Zara, acercándome a la imponente torre de la forma más lenta posible.

Intento así retrasar el momento de cruzar las puertas de esta nueva etapa. La cosa empieza a ir en serio e imagino una jungla de depredadores ansiosos por zamparse al indefenso cachorrillo.

Suerte que un grupo de turistas a bordo de sus *segways* se me cruza a una velocidad de vértigo y me saca del estado de autosabotaje.

Respiro hondo un par de veces, me abrocho el penúltimo botón de la camisa, me retoco el peinado, recito diversas frases de ánimo y cruzo las puertas giratorias con cuidado, como si fuera el portal de entrada a una dimensión desconocida. Luego me dirijo hacia el ascensor que me conducirá al piso 22, sede de la agencia de detectives Private Eye, donde el plan es pasar un soporífero verano como becario para volver en septiembre a un futuro laboral incierto.

Aunque como dicen mis padres, «lo importante es meter un pie y luego, un paso tras otro».

No es que me esperara una puerta de cristal esmerilado con el nombre de la agencia grabado en letras negras, pero lo cierto es que Private Eye no tiene pinta de agencia de detectives. Aunque tampoco había estado antes en ninguna, ni siquiera cuando me hicieron la entrevista de trabajo. Por motivos de confidencialidad, llevan a cabo estos trámites en unos despachos de uso común situados en la planta baja.

Me imaginaba un despacho de decoración espartana, con muebles pasados de moda y sin apenas luz natural, pero me encuentro con todo lo contrario: una amplia sala cubierta con una moqueta de color naranja rojizo, que contrasta con el blanco impoluto de sillas, mesas y estanterías. Incluso los teléfonos y los ordenadores mantienen la línea cromática, solamente rota por las personas que se sientan ante ellos, que no han tenido el detalle de vestirse también de blanco.

Si bien la combinación de colores resulta más que suficiente para llamar la atención, hay algo que aún despierata un mayor interés visual: unas impresionantes vistas del Mediterráneo, que hacen que incluso me plantee si

se podrá ver Mallorca en los días claros. Pensaba que una agencia de detectives preferiría protegerse de las miradas indiscretas, pero los amplios ventanales del lado izquierdo y del fondo desmienten esa teoría.

También me sorprende que no disponga de recepción. Imagino que actualmente nadie aparece en un lugar como este sin cita previa. Entonces, ¿ahora qué hago?

Por teléfono me han pedido que me pasara a mediodía. Pensaba que habría una secretaria a la que dar mi nombre y que ella avisaría a quien correspondiera. Pero no es así, por lo que tengo que espabilarme solo, cosa que no me resulta nada fácil.

A la izquierda se sitúan tres mesas en posición horizontal desde los ventanales hacia el centro, con seis puestos de trabajo —tres por banda—, separados por una pequeña mampara. Todos los ocupantes mantienen la mirada fija en el ordenador, excepto un par que están de pie conversando sobre algún tema polémico a juzgar por el tono de voz.

A la derecha veo diversos despachos con paredes de cristal y, al fondo, una sala de reuniones. Junto a ella se encuentra el que probablemente sea el despacho de Marina del Duque. Doy un prudente paso adelante con la esperanza de que alguien se fije en mí. Nadie lo hace. Transcurren unos segundos y todo sigue igual, así que comienzo a pensar que lo mejor sería dar un paso atrás y largarme de aquí cuanto antes. Me obligo a no hacerlo.

Con las pulsaciones acelerando como si quisieran ascender a la estratosfera, me arreglo el flequillo y me dirijo a la persona más cercana:

—*Bon dia...*

Silencio.

—Ehh, perdona, me llamo Jordi Viassolo y vengo a firmar el convenio de prácticas. Me han dicho que me pase por aquí, pero no sé por quién tengo que preguntar —le explico con voz entrecortada.

El tipo me mira como si le estuviera anunciando que pronto viajaré al Polo Norte y quisiera saber su opinión sobre qué meter en la maleta. Balbucea algo parecido a «y a mí qué me cuentas» mientras se encoge de hombros. Justo antes de morirme de vergüenza, aparece de detrás de la mampara una cabeza de mujer que me mira divertida, señala uno de los despachos y me recomienda que pregunte en Administración.

Tras darle las gracias efusivamente me dirijo al despacho en cuestión, ocupado por dos mesas situadas en forma de L. Como la puerta está abierta, entro sin llamar y me vuelvo a presentar, esta vez de forma más detallada. Una chica que luce un vestido de flores que parece sacado del armario de su abuela me explica que fue ella quien se puso en contacto conmigo, pero que tampoco sabe mucho más:

—Marina me pidió que te llamara para la firma del convenio, pero no lo tenemos aquí. Ella se encargó de las gestiones. Pregúntale tú mismo, es el despacho del fondo a la izquierda —me aconseja con una leve sonrisa para luego continuar con lo que estaba haciendo.

¿De verdad que nadie va a ser capaz simplemente de descolgar el teléfono y avisarle? Estas cosas me indignan por una doble razón: porque la gente va a la suya y porque pienso que soy el único capullo del mundo para el que una situación como esta representa un problema. Mis amigos Berni y Pol no tendrían ningún tipo de reparo e incluso le hubieran soltado algo gracioso a la chica

del vestido *vintage*. Y ya no te digo cualquier detective duro y sarcástico.

No me queda otra que cruzar la sala. Siento cómo el sudor me enfría la espalda y temo que mi flequillo esté despeinado, lo que me genera aún más inseguridad.

Uno, dos, tres... seguramente serán unos veinticinco pasos antes de llegar al despacho. A mi izquierda quedan las mesas de los detectives. Ni me miran, atentos a sus pantallas y aislados del entorno gracias a unos auriculares dignos del mejor DJ (blancos, por supuesto). Yo tampoco alzo la vista para pasar desapercibido, aunque me es imposible no fijarme en la última mesa, situada junto al ventanal desde el que se puede ver, a lo lejos, la costa del Maresme. Es la única que no tiene ordenador.

El puesto está ocupado por un tipo que desentona, como en esos tests en los que te preguntan «manzana, pera, anchoa, limón y plátano. ¿Qué sobra?». La anchoa es aquí este personaje que rondará los sesenta años. Si son menos es que la vida lo ha tratado fatal. Los escasos pelos blancos que aún le quedan los lleva peinados hacia atrás, con algo de melena que se curva al alcanzar la nuca. Tiene la cara demacrada, parece alto y delgado y luce una camisa amarillenta que podría haber estado de moda en los setenta. Está leyendo el diario doblado por la mitad, como si estuviera tomando un café en el bar.

De repente, levanta la vista y se cruza con mi mirada, que aparto a la velocidad de la luz. Pero en esa centésima de segundo siento que sus penetrantes ojos de viejo lobo ya han realizado un escáner completo, valorando a ese elemento extraño que se cruza por su territorio. La conclusión debe de ser que no represento ningún peligro,

porque cuando vuelvo a mirar está enfrascado de nuevo en la lectura.

La puerta del despacho de Marina del Duque está cerrada, pero puedo ver cómo ella habla por teléfono con cierta tensión. Vaya suerte de mierda, pienso, a la vez que me aparto para no molestar y trato de distraerme mirando el mar. Las embarcaciones se mueven en una coreografía improvisada: grandes cargueros, un barco de vela que parece sacado de un museo, tres lanchas, el inmenso yate de algún multimillonario, motos de agua, una especie de barco-disco para turistas y un grupo de aprendices de windsurf.

Miro de nuevo y la directora sigue hablando, así que mi incomodidad asciende a un nivel superior mientras yo me encojo por segundos.

—Siéntate aquí, *nano* —me aconseja entonces la voz ronca del viejo lobo, sin duda modelada a base de tabaco negro y alcohol, mientras me acerca la silla de una patada.

—Ah, sí, genial —le respondo con una tímida sonrisa y toneladas de gratitud, aunque ya ha dejado de mirarme y vuelve a estar concentrado en su diario.

Doy un vistazo rápido a su mesa y observo una abultada agenda, una libreta de tapa dura, algunos bolígrafos, un paquete de Ducados moribundo y una taza vacía del mismo color que la moqueta. En cada puesto de trabajo hay una igual.

Pasa otro rato hasta que Del Duque cuelga el teléfono y me mira, levantando el dedo índice para pedirme que espere un minuto. Apuesto a que serán unos cuantos más y acierto. Finalmente se levanta, abre la puerta, me dirige una sonrisa de cortesía y me asegura que me esta-

ba esperando. Sí, ya se nota, pienso, pero no digo nada y entro al despacho, que es igual de minimalista que el resto de la agencia, aunque con un ordenador de pantalla más grande y dos marcos de fotos sobre la mesa. Una es de su familia y la otra de un tipo calvo, con bigote y pinta de facha.

—Tengo aquí el convenio, solo falta tu firma. Como te comenté en la entrevista, la remuneración es de doscientos cincuenta euros, el salario estándar para las prácticas en el sector. Además, desde la crisis nos hemos visto obligados a adoptar medidas de austeridad. Las contrataciones están congeladas y no solemos aceptar becarios. Cuesta mucho trabajo formarlos para que luego se vayan en unos meses. Así que considérate un privilegiado porque vas a conocer la realidad del oficio, adquirir experiencia y aprender de grandes profesionales —me sermonea Marina del Duque, muy convencida.

—Sí, por supuesto, estoy muy agradecido por la oportunidad —respondo pensando que, efectivamente me muero de ganas de convertirme en detective privado, aunque sea con estatus de becario, cosa que no quita que la paga sea una miseria y que la empresa utilice esta figura de aprendiz para ahorrarse un sueldo.

—Es difícil que podamos contratarte cuando te saques el título, pero si trabajas duro siempre puede surgir alguna oportunidad. Una colaboración para hacer calle, es decir, seguimientos. Ya se verá, lo importante ahora es que te impliqués al cien por cien. No hay nada imposible, al fin y al cabo.

No digo nada, y ella cambia de tema, conscientes los dos de que acaba de soltar la definición misma de la

precariedad en el siglo XXI: esfuérgate al máximo pero no esperes nada a cambio.

—Bueno, hablemos de tu tarea —continúa, manteniendo la espalda tan recta como si estuviera fijada a una tabla de madera—. Este mes de julio apoyarás al resto de detectives, pero sobre todo empezarás a trabajar con el informático en el periódico digital que te comenté. Quiero enfocarlo a temas económicos, de empresa, finanzas... En agosto te concentrarás en ello, porque lo quiero listo al volver de vacaciones.

—¿Tendré que escribir noticias de verdad, entonces?
—pregunto alarmado.

—Eso es cosa tuya. Pero antes necesitamos un *background*, así que copia tantas noticias como puedas para que parezca que hace tiempo que está en marcha. Incluso de publicaciones extranjeras. Hablas inglés, ¿no? Que sea serio y riguroso, con noticias de actualidad, análisis y reflexión. No sé, tú sabrás más de eso. El informático manipulará las redes sociales para que parezca que tenemos muchos seguidores. Es importante que los entrevistados estén convencidos de que están ante algo real.

—¿Y no sospecharán de que no somos periodistas?

—Eso es cosa del equipo operativo. Tu trabajo consiste en crear ese diario digital, y punto. No te compliques más de la cuenta. De todos modos, la gente se cree cualquier cosa si se le presenta de la forma adecuada. Y en eso consiste nuestro trabajo: jugar con las apariencias, buscar puntos débiles, crear confusión, averiguar los deseos del otro... A veces tenemos que ser invisibles, otras veces todo lo contrario.

—Sí, sí, por supuesto.

Me mira socarrona y continúa el monólogo:

—Podemos controlar cualquier situación, sobre todo si somos capaces de dominar nuestra postura corporal. Por ejemplo, tú ahora estás encogido, con los hombros caídos, las manos entrelazadas y sacudiendo la pierna derecha... Estás nervioso y no te sientes cómodo. Eres transparente para mí porque la mente dicta tu postura. Pero puedes lograr que sea al revés. A ver, ¿qué harías si te dijera que necesito que me transmitas fuerza y seguridad?

—¿Có-có-cómo? —tartamudeo.

—Levántate, coloca la espalda recta, separa las piernas, pon las manos en las caderas. Siente que eres poderoso, que tienes el control... Ahora sitúa las manos sobre la mesa como si estuvieras exigiendo algo, como si fueras tú quien manda.

Hago lo que me dice, sin gracia ni convencimiento.

—¿Sientes cómo cambia tu estado de ánimo?

—Bueno, no sé...

—La mente domina el cuerpo, pero la conexión también funciona a la inversa. Si quieres transmitir una sensación determinada, adopta una postura que la refleje. La mente irá detrás. Primero tendrás la sensación de fingir, pero luego conseguirás que se convierta en realidad. Pruébalo algún día. En fin, firma el convenio y nos vemos el próximo lunes a las nueve. Buen fin de semana —zanja Del Duque.

Todavía confundido por la lección enfilo la puerta de salida. Antes de alcanzarla, la directora sale del despacho y me grita que aproveche estos dos días para ir pensando en nombres para el periódico, porque ella «no tiene tiempo para estas cosas». Asiento y salgo de Private Eye igual que he entrado —a paso rápido y sin mirar a nadie—, no sin antes fijarme en que el tipo

demacrado de antes ya no está en su mesa. Tampoco queda ni rastro de la agenda, la libreta, el paquete de tabaco... Solamente se mantiene firme en su puesto la taza anaranjada.

— ¡Jordi Viassolo convertido en un auténtico detective privado, sí, señor! Que se prepare el puto crimen de esta ciudad, porque a partir de ahora está bien jodido.

Este es Berni, brindando con una cerveza en la mano, mientras Pol y Samu gritan «Solo, Solo, Solo...». Son mis amigos de siempre —nos conocimos en preescolar y estuvimos en la misma clase hasta acabar la ESO— y así me llaman desde que vimos juntos la primera trilogía de *La guerra de las galaxias* en DVD. El mote viene de Viassolo, pero también de Han Solo, porque compartimos personalidad atrevida y desvergonzada. Es coña, más bien todo lo contrario. Así pueden recordarme que hace tres años que me dejó mi novia de adolescencia y que desde entonces no se me da muy bien conocer a otras chicas.

— ¡A por ellos, Solo, que dejen paso a las nuevas generaciones! Aunque el sueldo de doscientos cincuenta euros es para joderse. Así cómo coño quieren que nos emancipemos. ¡Si por cuarenta metros cuadrados ya te piden ochocientos pavos! Joder, y comprarte un piso, ya ni te digo. A no ser que seas un personaje tan cuadrado y previsor como Samu, claro...

Este ha sido Pol, graduado en Ciencias Políticas, captador de socios para un par de ONG (sí, de esos tíos con chaleco que te paran por la calle para hacerte sentir mal), rojo hasta la médula, algo populista y de discurso incen-

diario. También es partidario de meterse con Samu, que acabó brillantemente la carrera de Ingeniería de Obras Públicas, encontró trabajo justo después y al cabo de un año le pareció buena idea comprarse un piso con su novia (futura mujer), a pesar de que todos le aconsejamos que no lo hiciera. Ahora tiene una bonita hipoteca para los próximos cuarenta años de su vida. Casi nada.

—Vete a tomar por culo, Pol, a ver si maduras de una vez —responde el susodicho mientras todos reímos más alto de lo normal porque llevamos ya unas cuantas cervezas, tal y como demuestra la mesa abarrotada de medianas vacías.

Hemos quedamos en el bar de siempre, cerca de nuestras casas, entre la Sagrada Familia y el Clot. Se llama Pirineus, y es nuestro preferido porque la cerveza y las patatas bravas son más baratas que en cualquier otro sitio. En honor a su nombre, las mesas son de madera rústica y las paredes están decoradas con pósters de esquiadores. Parecería que estamos en una cabaña del Pallars Sobirà si no fuera porque tras la barra se encuentra la familia Huang, procedente de la provincia de Shaanxi, al oeste de Pekín. Ofrecieron un suculento traspaso al anterior dueño, quien no dudó en coger la pasta y largarse con lo puesto. Ellos tomaron las riendas, aprendieron a cocinar todas las tapas de la carta y están al pie del cañón desde primera hora de la mañana hasta medianoche. Les hemos pedido muchas veces que nos expliquen su historia, pero siempre nos dan largas.

—Bueno, Solo, ahora que te has convertido en detective, espero que mejores tu técnica para ligar. Supongo que ya lo habrás añadido a tu perfil de Tinder, ¿no? —ataca Berni, abordando uno de sus temas favoritos.

—Sí, tío, esto lo tienes que aprovechar. Ahora pareces más interesante —añade Pol, que mantiene una relación discontinua con una chica que conoció en el 15-M.

—¡Mi nombre es Solo, Via-Solo, un tipo duro y fascinante, nena! —gritan a la vez mientras yo me hundo en la silla. Sobre todo porque este follón ha hecho que se giraran tres chicas que estaban en la otra punta y que hasta ahora no nos habían dirigido ni una mirada.

—No se lo digáis a nadie, porque va de incógnito, pero el señor Jordi Viassolo es todo un detective privado. Con él no tenéis nada que temer —les dice Berni señalándome y alzando la voz por encima del resto de clientes.

—Ah, qué bien, lo tendremos en cuenta cuando estemos en peligro —responde una de ellas con una sonrisa entre irónica y divertida antes de volver a ignorarnos, aunque quizás un poco menos que antes.

Respiro aliviado porque parece que el espectáculo termina aquí, pero Berni y Pol, e incluso Samu, que no suele meterse en estos asuntos, esbozan un sonrisa más maliciosa de lo habitual mientras me miran fijamente y me aseguran:

—Solo, creo que esta estrategia nos va a dar grandes resultados.